

Turquía y sus desafíos

Eric Rouleau

Estambul es una metáfora apropiada para entender Turquía: simultáneamente multifacética, diversa y unitaria; bizantina, otomana, asiática y europea; moderna y tradicional; pueblerina y cosmopolita; musulmana y cristiana, incluso judía. A caballo entre dos continentes –figurativa y literalmente de Asia y Europa–, la megalópolis exhibe las muestras de una sucesión de civilizaciones que no están simplemente superpuestas, sino que continúan coexistiendo. Las espléndidas cúpulas de las iglesias bizantinas, construidas bajo el Imperio Romano de Oriente entre los siglos V y XV, se contraponen a los mil y un graciosos alminares de las mezquitas erigidas más tarde a la gloria de los sultanes del Imperio Otomano: la basílica de Santa Sofía, disfrazada de mezquita, simboliza la síntesis. La presencia en la ciudad del patriarcado griego, el Vaticano de la cristiandad ortodoxa, testimonia la tolerancia que permitió a los sultanes reinar sobre una multitud de pueblos y razas, religiones y sectas, en un imperio que se extendía desde el oriente árabe hasta las fronteras del Imperio Austro-Húngaro, desde los Balcanes al norte de África. La asombrosa gama de tipos y rasgos físicos de los habitantes del Estambul de hoy es un reflejo de aquella gran diversidad.

Al fundar la república sobre las cenizas del imperio tras el desastre de la Primera Guerra mundial, Kemal Ataturk impuso sobre estos pueblos tan dispares el dogma de la homogeneidad de la nación turca. Consideraba que la eliminación de las diferencias étnicas y culturales era el único modo de forjar la cohesión necesaria para crear un Estado-nación moderno basado en el modelo europeo. Valiéndose de la persuasión, pero también mediante decretos draconianos y procedimientos represivos, consiguió imponer una identidad que intentaba ser monolítica: una cultura de inspiración occidental.

La influencia de la política kemalista es aún considerable, pero poco después de la muerte de Ataturk comenzaron a resurgir atavismos y tradiciones seculares, que han continuado cobrando fuerza a lo largo del varias veces interrumpido proceso de democratización desde 1950, y especialmente desde comienzos de los años ochenta. Los tabúes se han ido derrumbando uno tras otro. No hace mucho, en los círculos “políticamente correctos” se desaprobaba cualquier referencia favorable a la historia y a la cultura del Imperio Otomano. Hoy, los turcos hablan con

Eric Rouleau ha sido embajador de Francia en Turquía. Foreign Affairs 1993.

orgullo de su herencia otomana, aunque, al mismo tiempo, mantienen cierta distancia crítica. Igualmente, se refieren a sus orígenes étnicos, sin disminuir por ello en modo alguno su “turquicidad”, de forma muy semejante a como un estadounidense puede decir que es “irlandés” o “italiano”.

El anterior presidente Ozal, que murió en 1992, contribuyó en gran medida a reconciliar a los turcos con su pasado y a fomentar una síntesis de kemalismo y de los aspectos que él consideraba positivos del *otomanismo*. Creía que la diversidad en la unidad podría contribuir a dar fortaleza y estabilidad, precisamente como había ocurrido durante el imperio.

Más allá del aislamiento kemalista

Las convicciones de Ozal se adecuaban bien a las necesidades geopolíticas de una nueva situación internacional. La caída del muro de Berlín puso fin al prolongado papel estratégico de Turquía en un mundo bipolar. Mientras tanto, el derrumbamiento de la Unión Soviética y la consiguiente independencia de las repúblicas de Asia Central abrieron los ojos de Turquía a un vasto territorio habitado por unos 150 millones de correligionarios musulmanes de lengua turca al otro lado de sus fronteras septentrionales. Los años de enclaustamiento terminaron bruscamente, al tiempo que la doctrina aislacionista que Ataturk había impuesto para proteger a la vulnerable y joven república se consideraba ya anticuada.

Los beneficios potenciales de este parentesco étnico y religioso con unos países ricos en recursos naturales no pasaron inadvertidos en Ankara. Hombres de negocios, industriales, banqueros, comerciantes – precedidos o seguidos de autoridades gubernamentales, políticos, funcionarios y expertos– fueron en masa a las seis repúblicas “hermanas” del Norte. Se firmaron varios cientos de protocolos y acuerdos de cooperación en diversas áreas –entre otras, banca, industria, agricultura, comercio, aeronáutica, educación, publicaciones, formación académica y militar-. Turquía, que aspiraba a convertirse en la Meca cultural de los pueblos de habla turca, comenzó a inundar las repúblicas de Asia Central con periódicos, libros y programas de televisión emitidos a través de un satélite de construcción francesa.

No pasó mucho tiempo, sin embargo, antes de que la euforia se viera atemperada por las realidades. Las publicaciones turcas, en caracteres latinos, eran poco accesibles a poblaciones que sólo conocían los cirílicos. E incluso, aunque las repúblicas de Asia Central adoptaran el alfabeto latino, como varias pensaron hacer inmediatamente después de su independencia, la lengua y la religión comunes no son bases suficientes para una cooperación estrecha, por no hablar de osmosis, entre pueblos, como hace ya algún tiempo descubrieron los árabes. Además, la esperada “asociación privilegiada” no se pudo desarrollar: pronto se puso en evidencia que los medios financieros y tecnológicos de Turquía eran

demasiado limitados para cubrir las inmensas necesidades socioeconómicas de las subdesarrolladas repúblicas de la antigua Unión Soviética y, en cualquier caso, Turquía no habría podido competir con las potencias rivales en la pugna por los recursos de Asia Central. Así, pues, las nuevas repúblicas se están volviendo cada vez más hacia las grandes potencias industriales. Finalmente, Ankara descubrió que los vínculos entre las repúblicas de Asia Central y Rusia, forjados en algunos casos a lo largo de siglos, y en todo caso reforzados por la necesidad y la dependencia, eran mucho más sólidos de lo que inicialmente se había sospechado.

De los límites del idilio con Asia Central hay un buen ejemplo en los últimos acontecimientos en Azerbaiyán, la mejor respuesta hacia Turquía de todas las repúblicas. Parece ser que el presidente Geidar Alyev está a punto de unirse a la Comunidad de Estados Independientes, consolidando así las relaciones de Azerbaiyán con Moscú, y que probablemente anulará el proyecto de oleoducto que iba a llevar petróleo desde Kazajstán y Azerbaiyán hasta el Mediterráneo a través de territorio turco. El enfriamiento de las relaciones entre Bakú y Ankara se debe en parte a la política turca en el Cáucaso. Los azeríes se sintieron defraudados por la negativa de su “hermano mayor” a ayudarles a enfrentarse al ejército armenio, cuyas victorias militares condujeron a la caída del presidente Ebulfez Elcibey, ferviente partidario de Turquía. La razón de esta negativa fue la fidelidad de Ankara al credo kemalista de no intervención en los conflictos exteriores a sus fronteras, formulado por el Pacto Nacional de 1920. Este mismo principio contribuyó a la decisión turca de no participar de manera directa en la guerra del golfo Pérsico y, más recientemente, de no apoyar a los musulmanes de Bosnia contra sus enemigos serbios y croatas.

En realidad, las presiones diplomáticas de Rusia y de ciertas potencias occidentales no han sido ajena a la no injerencia de Turquía en los conflictos de Azerbaiyán y Bosnia. En el caso de la guerra del Golfo, el hecho de que Turquía permitiera a las fuerzas de la coalición atacar a Irak desde su territorio estuvo ya en contradicción con los preceptos de Ataturk; y en menor grado también lo está la “solidaridad activa” de Ankara con las poblaciones de habla turca o musulmanas de más allá de sus fronteras. Así, pues, la doctrina kemalista se ha adaptado a la nueva situación, aunque el Gobierno de Ankara continúa honrando la tradición al condensar con energía toda forma de expansionismo, incluidos el panturismo¹ y el panislamismo.

A pesar de su extremada cautela, la diplomacia de Ankara ha mostrado un dinamismo notable. Es cierto que el contexto internacional nunca ha sido, desde el nacimiento de la república, tan favorable a Turquía como lo es hoy. El hundimiento de la Unión Soviética, la destrucción del potencial militar y económico de Irak, el agotamiento de Irán después de ocho años de guerra, todo ello ha contribuido a elevar a Turquía al rango de potencia regional preeminente. Ankara no ha perdido tiempo en valerse de esta nueva situación y ha lanzado varias iniciativas destinadas a extender su esfera de influencia. Fue la primera impulsora de la creación de una Asociación de Países del Mar

Negro, zona de libre comercio que se está formando y cuyas funciones económicas bien pueden enmascarar ambiciones políticas. La Asociación, integrada por Rusia, Ucrania, Georgia, Moldavia, Grecia, Armenia y Azerbaiyán, además de Turquía, conduciría, entre otras cosas, a la eliminación de barreras comerciales, la libre circulación de capital y la creación de una asamblea parlamentaria común cuya tarea esencial sería la de armonizar la legislación de los Estados miembros. De forma paralela, Ankara ha dirigido una ofensiva, que podría llamarse “de seducción”, hacia los países balcánicos y ha concluido varios acuerdos de cooperación, especialmente en el ámbito militar, con Albania, Rumania y Bulgaria. Como era de prever, estos movimientos han acrecentado la preocupación griega de verse “asediada” por Turquía y sus nuevos aliados. Finalmente, gracias al apoyo turco las seis repúblicas musulmanas de Asia Central fueron admitidas en la Organización de Cooperación Económica junto con Turquía, Irán y Pakistán.

Ankara confía en desempeñar también un papel de guía en Oriente Próximo. Su apoyo decisivo durante la crisis del Golfo le ganó la gratitud – expresada a veces de forma concreta – de varios países árabes, especialmente del Golfo. Así, por ejemplo, a pesar de tener considerables intereses económicos en Irak, Turquía no dudó en ejecutar el embargo de la ONU, con lo que tuvo que sacrificar, entre otras cosas, sus derechos sobre el transporte del petróleo iraquí; puso la base aérea de İncerlik a disposición de las fuerzas de la coalición; y, finalmente, acudió en ayuda de cientos de miles de refugiados que huían de los horrores de Irak.

La plena participación de Turquía en las negociaciones multilaterales árabe-israelíes ha confirmado su rango de potencia regional y le ha asegurado un papel importante en la nueva era que despunta ahora en Oriente Próximo. Turquía cuenta con varios triunfos valiosos en este aspecto. Como primer país musulmán en reconocer a Israel en el momento de su creación en 1948, ha mantenido desde entonces excelentes relaciones con el Estado judío. Fue también el primer Estado musulmán no árabe que apoyó la proclamación por parte de la OLP del Estado de Palestina en 1988. De particular importancia en el contexto regional son sus abundantes recursos hidrológicos que, aunque crean tensiones con Siria e Irak por el control de las cabeceras del Tigris y el Éufrates, le permitirán desempeñar un papel positivo en la atenuación de una importante área de disputas entre israelíes y palestinos.

Otros factores deberían hacer de Turquía un modelo atractivo para el mundo árabe. Como potencia musulmana con un sistema secular moderado, ofrece una alternativa creíble al fundamentalismo que hace estragos en la región y constituye, además, un contrapeso al Irán jomeinista. Su fructífera adaptación a la economía de mercado y su evolución hacia la democracia podrían servir de ejemplo para algunos Estados árabes que temen los efectos posiblemente desestabilizadores de la democracia y que se han resistido a adaptarse al mundo moderno.

Sin embargo, un importante obstáculo se alza en el camino de Turquía hacia la plena integración en Oriente Próximo y, en consecuencia, podría privarla del papel que merece. Setenta años después del derrumbamiento

del Imperio Otomano, persiste una mutua suspicacia, en gran parte infundada. Los antiguos gobernantes no han olvidado lo que consideraron “tracición” árabe al unirse a los británicos durante la Primera Guerra mundial para obtener su independencia. Los antiguos pueblos sometidos, por su parte, no han olvidado los siglos de gobernación otomana y la dura represión que se produjo al surgir sus movimientos nacionales, y algunos árabes sospechan que Ankara alberga “ambiciones otomanas”. Como las barreras psicológicas son más difíciles de superar que las disputas materiales, es poco probable que las relaciones turco-árabes crezcan de un modo significativo en el futuro cercano.

Pero incluso cuando el entusiasmo turco sobre sus perspectivas en Asia central y en Oriente Próximo se encontraba en el punto más alto, Ankara nunca abandonó su antigua y honda convicción de que el futuro de Turquía se encuentra en Europa. Aunque los analistas seguían sobrevalorando el potencial regional, las autoridades mantenían con firmeza que no había sustituto para la Comunidad Europea, y que la integración de Turquía se aceleraría el día en que Europa comprendiera que sólo Turquía podía servir de puente, o incluso de amortiguador, entre Oriente y Occidente.

La determinación de Turquía de convertirse en parte integrante de Europa es fruto de un consenso nacional que puede parecer extraño en un país musulmán sin nada más que un estribo geográfico en Europa. En realidad, esta aspiración no es reciente. El propio Imperio Otomano era una potencia europea en virtud de sus vastas posesiones en el continente, y ya a comienzos del siglo XIX los sultanes reformistas intentaron modernizar el imperio adoptando las estructuras, comportamientos y costumbres de sus vecinos occidentales más desarrollados y, especialmente, de modo paradójico, de la Francia republicana. La Revolución de los Jóvenes Turcos a comienzos de este siglo, y especialmente la revolución de Ataturk dos decenios después, convirtieron lo que había sido una tendencia en una política deliberada, por no decir un dogma: el renacimiento de Turquía, su modernización y democratización sólo se podían conseguir mediante la integración plena en el mundo industrial avanzado, occidental y, más exactamente, europeo.

Los herederos de Ataturk no han desatendido ningún medio para conseguir este objetivo. Con convencimiento y decisión, llevaron a Turquía a la OTAN, a la Comunidad Económica Europea (como miembro asociado), a la Organización para la Cooperación y Desarrollo Económico, al Consejo de Europa, a la Conferencia de Seguridad y Cooperación en Europa y a la Unión Europea Occidental (igualmente, como asociada). Turquía se adhirió también a una amplia gama de convenios europeos. Dos tercios de las exportaciones de Turquía van a los países de la OCDE, la mitad a miembros de la Comunidad Europea. Las inversiones, las transferencias de tecnología, los envíos de los millones de “trabajadores invitados” y los ingresos, también considerables, del turismo proceden todos de Europa. A la vista de todo

ello, no es de extrañar que Turquía conceda tanta importancia a la plena entrada en la CE.

La decisión de la Comisión Europea de 1989 de aplazar *sine die* el examen de la petición de ingreso de Turquía desencadenó tal estallido de indignación que cogió por sorpresa a muchos observadores. Los embajadores de la CE en Ankara se vieron abrumados por el despliegue de protestas, agrios reproches y acusaciones de discriminación racista y prejuicio antimusulmán que les dirigieron por igual los representantes del gobierno, los partidos políticos y los medios de comunicación. Fue en esta ocasión, para colmo, cuando ciertos altos funcionarios norteamericanos estimaron oportuno “deplorar” el ostracismo dirigido contra un “fiel y leal aliado de Occidente” y ofrecer sus buenos oficios para persuadir a la Comunidad de que revocara su decisión, con lo que aumentó la dificultad de dar alguna clase de explicación racional a la decisión de Bruselas. Por comprensible que sea la irritación turca, se mantiene el hecho de que Turquía estaba lejos de cumplir los estrictos requerimientos de admisión a este selectísimo club de Estados ricos y democráticos.

La inconclusa tarea de Ozal

Desde luego, el éxito de Turquía en el paso de un sistema económico estatista, centralmente dirigido y autárquico a una economía de mercado en menos de quince años es realmente espectacular, y ello gracias a Turgut Ozal, considerado en una reciente encuesta como el mejor primer ministro que el país haya conocido jamás. Con una rara combinación de firmeza y flexibilidad, este antiguo experto del Banco Mundial fue capaz de aflojar la presión de los dogmas kemalistas, de los hábitos arraigados y de las mentalidades burocráticas a fin de introducir a Turquía en el mundo moderno. Bajo su impulso, la economía turca experimentó una notable expansión. Desde 1981, y excepto en 1991 (el año de la guerra del Golfo), su tasa de crecimiento anual ha oscilado entre el seis y el ocho por cien, la tasa más elevada de cualquier miembro de la OCDE, incluido Japón.

La producción industrial experimentó tal expansión, que el valor de las exportaciones industriales se cuadruplicó, y constituyen ahora el 80 por cien de las exportaciones totales, comparadas con sólo el 35 por cien de hace diez años. La producción agrícola, que siempre ha satisfecho el consumo interno, está experimentando igualmente una fuerte expansión y, una vez terminadas las 22 presas que actualmente se hallan en construcción (el proyecto GAP), con lo que se abrirán al cultivo otro millón y medio de hectáreas, Turquía tendrá un importante excedente agrícola necesario de mercados. Otra infraestructura se está desarrollando: la producción de electricidad ha aumentado en un 150 por cien en los últimos diez años, mientras que la red de carreteras y el sistema de telecomunicaciones son superiores a los de Europa oriental y central. Las infraestructuras del mercado de capitales se están

desarrollando también, y la moneda turca, la lira, libre de controles de cambio, es virtualmente convertible.

Esta evolución positiva no puede enmascarar, sin embargo, la debilidad estructural y el desequilibrio de la economía turca, que son incompatibles con las normas de la CE. El déficit presupuestario, crónico y constantemente creciente, se eleva a más del 14 por cien del PIB, mientras que el techo autorizado de la CE es del tres por cien. La deuda nacional de 60.000 millones de dólares –que hace de Turquía el octavo de los países más deudores del mundo– contribuye también a una persistente inflación que este año alcanzará el 70 por cien, diez veces el promedio de los países de la CE.

El coste insoportablemente alto del crédito –de 80 a 100 por cien al año–, así como la debilidad intrínseca del capital de inversión nacional, entre otros factores, limitan las inversiones productivas, que son, proporcionalmente, tres veces más bajas que el promedio de la Comunidad (13 por cien del PIB, frente al 44,6 por cien). Esas condiciones plantean la cuestión de si la creación de empleo será capaz de mantenerse a la par del crecimiento de la población, que se espera ascienda del nivel actual de 56 millones a 90 millones en los próximos treinta años. El desempleo crónico, la pérdida de capacidad de compra de los asalariados y la erosión de la moneda empujaron ya a unos cinco millones de turcos a buscar empleo en Europa antes de que la propia Europa se viera atacada duramente por la recesión. Dada la actual situación del paro en los países de la CE, la admisión de Turquía en la organización, que llevaría consigo el levantamiento de todas las restricciones sobre los movimientos de población, crearía una situación intolerable para los Estados miembros.

Ankara es ahora consciente de que la Comunidad no está en condiciones de asumir la carga de una economía necesitada de reestructuración, especialmente en un momento en que el Tratado de Maastricht la enfrenta con grandes problemas nuevos. Tampoco la propia Turquía puede soportar las obligaciones derivadas de la creación de una moneda única que le impondría su condición de miembro. Debido a ello, por mutuo acuerdo, se decidió proceder por etapas: Turquía ha aceptado integrarse plenamente en la unión aduanera antes de enero de 1995. Esta primera operación será penosa, porque la reducción de los impuestos aduaneros previstos en unos 18.000 productos importados de Europa obligará a la industria nacional a llevar a cabo cambios de largo alcance y arriesgados.

Además de estas deficiencias económicas, Turquía sufre un cierto número de problemas políticos que, mientras no se resuelvan, se levantan en el camino de su admisión en la CE. El primero de ellos es la democratización, que habrá de completarse antes de que Turquía pueda ingresar. Aquí también hay que advertir que Turquía ha conseguido un progreso importante y rápido a pesar de tres golpes de Estado militares desde 1960. El sistema multipartidista y el Parlamento elegido operan ambos muy satisfactoriamente, y muchas de las libertades públicas, en particular la de prensa, se respetan en gran medida. Los periódicos pueden escribir

calumniosamente –y lo hacen– del primer ministro y del presidente, con la seguridad de que en el peor de los casos sólo tendrán que pagar multas o indemnizaciones por daños y perjuicios. Ello no modifica el hecho de que no se han eliminado ciertas secuelas del régimen militar que gobernó de 1980 a 1983. La constitución y cierto número de leyes y regulaciones restringen de modo importante otros derechos fundamentales, o están redactadas de tal manera que permiten a los tribunales y a los servicios de seguridad interpretarlas de modo abusivo.

La democracia y el genio islámico

Otro problema político adicional que se considera básico para la estabilidad de la república turca, y de particular interés para los europeos, es el nuevo activismo islámico. Los occidentales se equivocan a menudo haciendo erróneas comparaciones con el Irán jomeinista, confundiendo el islam con el fundamentalismo y no distinguiendo entre un musulmán practicante y el partidario de un Estado islámico gobernado por la *sharia*. Es cierto que en Turquía han proliferado las barbas al estilo islámico y las mujeres con velo, que las mezquitas atraen multitudes cada vez mayores y que algunas librerías están repletas de libros y revistas, cassetes, discos compactos y vídeos que glorifican la historia, los preceptos y la forma de vida islámicos y que exaltan el papel del Imperio Otomano en la conservación de los valores del profeta Mahoma. Según el *Turkish Daily News*, prestigioso diario en inglés, Turquía tenía a comienzos de 1993 no menos de 290 editoriales e imprentas, 300 publicaciones, entre ellas cuatro diarios, unas cien emisoras de radio sin licencia y unos treinta canales de televisión, también sin licencia, que propagaban, todos ellos, ideología islámica.

La mayoría de los turcos no ven en este fenómeno motivo de alarma. Después de todo, dicen, ¿qué puede haber más natural, en un mundo sacudido por un cambio repentino y de gran alcance, que la gente se vuelva hacia la religión o intente afirmar una identidad trastornada por una rápida occidentalización impuesta desde arriba? ¿Y qué diferencia hay entre la reactivación islámica producida tras la erosión de las doctrinas seculares kemalistas y la resurrección de la Iglesia ortodoxa en Rusia después del hundimiento del comunismo?

Los secularistas kemalistas, por otra parte –y son legión entre las clases occidentalizadas y pudientes– tienden a ver en cada musulmán practicante un islamista en potencia. Les preocupa la falta de vigilancia de las autoridades y les escandalizan ciertas medidas indulgentes que habrían sido inauditas en tiempos de Ataturk, como destinar a la oración algunas habitaciones en las oficinas públicas y en los edificios gubernamentales, permitir a las niñas que lleven velos islámicos a las escuelas públicas, y cosas semejantes. Muchas de estas prácticas, es cierto, o bien existieron bajo el Imperio Otomano o podrían haber sido aprobadas por sus gobernantes, pero esto no las hace menos escandalosas para los educados

en la doctrina kemalista. Las grandes *tarikas* musulmanas, prohibidas y perseguidas durante el mandato de Ataturk, operan ahora con impunidad aunque siguen siendo técnicamente ilegales. La influencia de estas sociedades secretas, con sus rituales y solidaridad de tipo masónico y sus actividades de beneficencia social, llega al corazón de los partidos políticos ostensiblemente seculares, que procuran su apoyo electoral.

Para bien o para mal, la democracia ha sacado el islam del armario en que estaba parapetado durante la era de gobierno de un solo partido que, en la práctica, prevaleció bajo Ataturk. En su ansia de ganar el favor del público y obtener votos, los políticos –e incluso los militares, el bastión mismo y el guardián del secularismo– se han visto obligados a tener en cuenta las aspiraciones religiosas de la población: no pocas de las concesiones que han hecho olían a demagogia. Así, junto a las escuelas públicas, el Estado ha financiado escuelas de orientación islámica, las llamadas escuelas *imam hatip*, donde a decenas de millares de jóvenes, muchos de los cuales entrarán con seguridad en el servicio gubernamental, se les imbuyen los preceptos del profeta. Se están construyendo mezquitas con fondos del Gobierno, y los críticos kemalistas se quejan de que el Gobierno edifica más mezquitas que escuelas públicas. Bajo la Constitución actual, promulgada por el Gobierno militar, la enseñanza de la religión (es decir, el islam) es obligatoria en todas las escuelas “para cimentar la unidad nacional”, según palabras del general Kenan Evren, cabeza del golpe de Estado militar de 1980.

En la práctica, el principio del secularismo, o separación de Iglesia y Estado, ha quedado sustituido por un sistema que coloca al islam bajo el control de un Gobierno secular, lo que es un compromiso entre el kemalismo y el otomanismo. De hecho, la Oficina de Asuntos Religiosos, cuyo presupuesto es mayor que el de algunos ministerios, está encargada de todo lo que tenga que ver con el islam, desde las escuelas religiosas a las mezquitas. Los imanes, que son pagados por el Estado, reciben con frecuencia instrucciones sobre lo que deben decir o no decir en sus sermones. A corto plazo, por lo menos, el planteamiento realista de estos “neo-otomanos” –uno de cuyos campeones fue Turgut Ozal– ha dado resultado. El secularismo, al menos en lo esencial, ha resistido la oleada de islamismo que ha sumergido la región. La república turca sigue siendo gobernada de acuerdo con diversas leyes seculares, especialmente francesas y suizas, que Ataturk adoptó para sustituir a la *sharia* de la era imperial. El alcohol se sirve todavía libremente en los establecimientos públicos y las jóvenes de minifalda o vaqueros, sin que nadie las moleste, ganan aún claramente en número a las mujeres con velo en las ciudades; en las calles se venden revistas con portadas de desnudos a plena vista de los indiferentes viandantes, y los cines pornográficos anuncian sus programas con sugerentes fotos más apropiadas para Amsterdam o Nueva York.

Como la Constitución proscribe los partidos basados en la religión, los islamistas se han concentrado en el Partido de la Prosperidad. Llevan a cabo sus actividades y propagan su causa sin interferencias y disfrutan de

una respetable representación en el Parlamento. En todas las elecciones legislativas desde los años cincuenta, los partidos islamistas han recibido generalmente un promedio del diez por cien –nunca más del 15 por cien– de los votos, aunque están aumentando en las elecciones locales, especialmente en Estambul. Con todo, quienes temen la “amenaza islámica” en Turquía harían bien en considerar que estos porcentajes son equivalentes a los resultados electorales de la extrema derecha francesa del Frente Nacional de Jean-Marie Le Pen.

En cuanto a las perspectivas futuras de los islamistas, en gran parte dependen de la capacidad del Gobierno y de los partidos seculares para hacer frente a los graves problemas con que Turquía podría enfrentarse. En Argelia e Irán, por ejemplo, fue la impotencia de las fuerzas seculares frente a los problemas planteados por sus respectivas crisis nacionales lo que permitió a los islamistas ofrecer una alternativa creíble a los que ocupaban el poder.

Los kurdos, ¿catástrofe a cámara lenta?

La crisis nacional a la que se enfrenta hoy Turquía y en la cual corre riesgo de encallar es, sin duda alguna, la crisis kurda. El problema –para valemlos de un eufemismo– es tanto más difícil de resolver por cuanto que los kurdos oficialmente no existen. El sistema turco, como el concepto francés de Estado-nación sobre el que está fundado, no reconoce la existencia legal de minorías indígenas, ya sean étnicas o religiosas. La ciudadanía se basa en la identidad individual y no en la étnica o religiosa. La doctrina kemalista establece que la nacionalidad y la ciudadanía son una. No existe distinción entre turcos y kurdos en los registros o estadísticas gubernamentales, lo que significa que nadie conoce las dimensiones exactas ni la distribución geográfica de la población kurda. Sin embargo, según diversos cálculos, parece que Turquía tiene cerca de 10 millones de kurdos, lo que supone casi el 17 por cien de la población. Entre la mitad y los dos tercios de ellos viven fuera de las provincias surorientales, o “Kurdistán” turco.

Cualesquiera que sean las incertidumbres en términos de demografía, no hay duda de que el problema kurdo domina cada vez más la política interior. Socava el prestigio y la estabilidad del Gobierno. Envenena las relaciones tradicionalmente armoniosas entre los dos grandes grupos étnicos de Turquía y, a la larga, puede incluso amenazar la cohesión del país. De hecho, el crecimiento del movimiento separatista PKK durante los últimos años ha sido tal, que ya no se pueden considerar exagerados los temores de una guerra civil de tipo yugoslavo.

Hace nueve años, cuando el PKK inició su guerra de guerrillas, no sumaba más que unos doscientos combatientes y gozaba de poco apoyo entre la población kurda. Hoy, de acuerdo con un informe confidencial preparado para el presidente y citado por el *Turkish Daily News*, unos diez o quince mil guerrilleros del PKK, curtidos en batallas y bien armados,

se encuentran apostados en puntos fuertes de las montañas; cuando a esto se añade la milicia, que trabaja clandestinamente contra las fuerzas de seguridad gubernamentales en las ciudades, la fuerza combativa del PKK llega a 60.000. En total, de acuerdo con el informe, la organización suma unos 375.000 guerrilleros, simpatizantes y partidarios activos, sólo en las provincias surorientales, es decir una quinta parte de su población adulta. Pero el apoyo a la organización no se limita al sureste, como se puede ver por el creciente número de atentados con bombas y otros incidentes en las ciudades del Sur y del Oeste.

El crecimiento experimentado por el PKK no se puede explicar ni por su ideología marxista-leninista, que es ajena a la mentalidad local, ni por su objetivo final de establecer un Estado independiente, objetivo que la mayoría de la población kurda no comparte. Los kurdos, asimilados, integrados, rara vez sometidos a alguna clase de discriminación y habitantes en su mayor parte de Turquía occidental y de grandes ciudades, especialmente Estambul, no desean abandonar sus hogares y trabajos para asentarse en un Estado hipotético que se hallaría rodeado por países hostiles. Por otra parte, los Gobiernos de Ankara, Teherán y Damasco, a pesar de sus contrapuestos intereses en otros ámbitos, han mantenido ya varias reuniones sobre la cuestión kurda y han acordado oponerse "por cualquier medio" a todo intento secesionista de los kurdos iraquíes. En otras palabras, los tres países estarían dispuestos a acudir en ayuda de su antiguo archienemigo, Sadam Husein, a fin de "preservar la integridad territorial de Irak" y, no es necesario decirlo, de sus propios Estados.

¿Cuáles son las aspiraciones de los kurdos en Turquía? La mayoría de los observadores están de acuerdo en que incluso los que propugnan el derecho a la independencia se conformarían con lo que en Occidente se considerarían derechos democráticos normales: el derecho a una identidad específica, a la escolarización en su propio idioma así como en turco, a emitir y publicar en kurdo, a organizar sus propias actividades culturales y –¿por qué no?– a formar partidos políticos dedicados a la defensa de sus intereses morales y materiales.

Hay indicios de que el presidente Ozal no consideraba tales exigencias necesariamente contrarias a los intereses de la unidad nacional. Sugirió incluso la posibilidad de una descentralización de largo alcance, aunque no hasta la autonomía plena, destinada a satisfacer las aspiraciones kurdas. Ozal, apodado "el Sultán" tanto por su actitud otomanista como por lo que sus críticos estimaban cierto despotismo, creía al parecer que las medidas de descentralización serían necesarias para conservar la unidad de la república turca, de la misma forma que los otomanos habían conservado su imperio durante siglos permitiendo a sus grupos étnicos y religiosos una gran dosis de autonomía cultural y administrativa. Pero Ozal tenía que moverse con cuidado para no enemistarse con los kemalistas ni con las sensibilidades nacionalistas, y murió antes de ser capaz de cambiar la opinión y la política de sus colegas.

Es cierto que las acciones de las autoridades turcas contra los separatistas kurdos están motivadas, al menos en parte, por profundos temores al desmembramiento, obsesión que se remonta a los intentos aliados de después de la Primera Guerra mundial de dividir incluso los restos del Imperio Otomano en Anatolia, dejando para “Turquía” una mera provincia alrededor de Ankara. Pero también es cierto que la política del Gobierno está contribuyendo al crecimiento del separatismo kurdo más que ningún otro factor, más que el impacto de la autonomía kurda en la zona de prohibición de vuelos impuesta al otro lado de la frontera iraquí, y más que la oleada de identidad étnica que parece barrer gran parte del mundo.

Hay muchos miembros de la intelectualidad turca y de la prensa que censuran lo que consideran miopía, por no decir estupidez, de la política seguida por los sucesores de Ozal. Ciertamente, para el Gobierno actual, el problema no es un problema kurdo, sino “de terroristas”; no es una cuestión de agravios reales, sino de falsos problemas atizados por potencias extranjeras –Siria, Irán, Irak, Grecia, Chipre, Armenia y otras–. Y aunque, sin duda, el PKK ha cometido atrocidades que las potencias occidentales han condenado amplia y repetidamente, a los Gobiernos se les debe exigir niveles de actuación más elevados que a aquellos que se encuentran fuera de la ley.

La manera que el Gobierno tiene de tratar el problema se reduce actualmente a movilizar una parte importante de las Fuerzas Armadas turcas, apoyadas por unidades de la policía y de las “fuerzas especiales” antiguerrilleras, contra los combatientes del PKK y los civiles sospechosos de complicidad. La prensa turca informa de operaciones militares a gran escala en las que intervienen la infantería, unidades mecanizadas, artillería pesada, tanques, helicópteros e incluso aviones de caza. Se informa sobre centenares de aldeas y pueblos evacuados y a veces arrasados, de casas y muebles incendiados ante los ojos de los aterrorizados habitantes, sospechosos de apoyar al PKK. El resultado de tales operaciones la resumió un oficial del ejército turco citado por el *Turkish Daily News*: “La mitad de los hombres van entonces a unirse al PKK. La otra mitad se van a las ciudades, donde constituyen la milicia.” En la guerra contra el PKK, hay también alegaciones de ejecuciones sumarias de “terroristas” capturados. Se han consumado docenas de asesinatos: catorce periodistas, numerosos personajes sospechosos de simpatía hacia el PKK y un diputado del Parlamento figuran entre los muertos a tiros. La mayor parte de estos crímenes ha sido reivindicada por oscuros grupos de historial desconocido; ninguno ha sido resuelto; no se han hecho detenciones.

En nueve años de lucha, el número de muertos en los dos campos suma unos 10.000, según un cálculo semioficial; más de 22.000 de acuerdo con las cifras publicadas por el PKK en agosto de 1993. Esto fue un mes después de que la primera ministra Tansu Qiller anunciara que “la victoria está al alcance de la mano”, anuncio repetido en términos prácticamente iguales en incontables ocasiones por sus predecesores. La primera ministra siguió explicando que la guerra entre el “elefante” (las

fuerzas turcas) y la “mosca” (el PKK) terminaría pronto, observación que impulsó al director del *Turkish Daily News*, İlñur Cevik, a escribir: “Nuestro elefante, mientras intenta aplastar a la mosca, parece no dar con el insecto y en el proceso está destruyendo todo lo que pisa.”

Turquía, tras haber salido de un largo aislamiento en una nueva coyuntura internacional llena de oportunidades y riesgos, atraída en diversas direcciones por las contrapuestas aspiraciones de una población heterogénea, afronta varias alternativas. Rica en recursos naturales, dotada de una población industriosa y disciplinada acostumbrada a las dificultades, de una clase media relativamente amplia y bien instruida, de una burocracia competente y de talento empresarial, Turquía parece poseer todos los ingredientes para un brillante futuro.

En la esfera económica, Turquía está demostrando buena disposición para hacer los penosos sacrificios necesarios para integrarse en Europa, a pesar de los problemas que inevitablemente lleva consigo tal integración en términos de trastorno económico, tensiones sociales y reacciones antagónicas culturales (una de cuyas formas es el resurgimiento islámico).

Con todo esto, sería trágico que se pusieran en peligro las perspectivas de Turquía prosiguiendo una guerra contra los kurdos que sólo puede ser desastrosa y para la cual no hay solución militar; situaciones semejantes en otras partes del mundo han demostrado ampliamente que sólo una solución política negociada en un entorno democrático puede llevar a la reconciliación y a la cohesión nacional. La guerra en el sureste corre el riesgo de minar a la larga una economía que es básicamente sólida, desacreditar a los partidos políticos convencionales responsables de la situación y entregar la partida en manos de los islamistas o –quizá el mayor de los peligros–, dar marcha atrás en el progreso hacia la democracia.

Puede que sean exageradas estas perspectivas tan poco prometedoras. Como vieja nación que es, Turquía posee esa capacidad de adaptación que confieren las grandes civilizaciones. Dada su influencia regional e internacional y el apoyo de las potencias occidentales, ansiosas de conservar su unidad y sus fronteras actuales, hay razones para esperar que Turquía sea capaz de superar sus dificultades y asumir el papel de liderazgo para el que parece destinada.

Notas

¹ Relativo a la meseta del Turán, región de la antigua Asia Central.